



La desaparición a diario

Sociedad, prensa y dictadura (1975-1978)

Estela Schindel

Prólogo
Pilar Calveiro

¿Qué leían los argentinos en el diario mientras tenían lugar las desapariciones? ¿Es posible identificar en la prensa las condiciones sociales que las hicieron posibles? ¿De qué manera en la sociedad se banalizó la muerte y se estigmatizó a los llamados subversivos de manera que el exterminio no provocara indignación? ¿Cómo se los desapareció colectivamente antes aún de su secuestro y asesinato?

Este libro realiza una minuciosa lectura de la prensa durante el terrorismo de Estado y expone su cotidiano acompañamiento a la masacre "invisible" de la desaparición forzada. Al mismo tiempo, ayuda a comprender el clima dominante en la sociedad argentina en dictadura y las representaciones e imaginarios que permeaban los diarios más influyentes en la formación de opinión. El resultado es un análisis de las operaciones sociales que, apoyadas en la rutinización del periodismo, tejieron una trama de indiferencia en torno a las víctimas e introdujeron la figura espectral de la desaparición.

Índice

Nota a la segunda edición

Prólogo

Introducción

1. La construcción social del desaparecido

2. La muerte expuesta (julio 1975 - marzo 1976)

3. La muerte desaparece (abril 1976 - marzo 1977)

4. De la masacre a la mentira (abril 1977 - junio 1978)

5. Modelación biopolítica, familia y género: un proyecto a largo plazo

Bibliografía

Abreviaturas

ACNUR	Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.
ADEPA	Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas.
AFP	Agence France Press.
AI	Amnistía Internacional.
ANCLA	Agencia de Noticias Clandestina.
AP	Associated Press.
APDH	Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.
BAH	Buenos Aires Herald.
CCD	Centro Clandestino de Detención.
CELS	Centro de Estudios Legales y Sociales.
CIDH	Comisión Interamericana de Derechos Humanos.
CONADEP	Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas.
DYN	Diarios y Noticias.
EAAF	Equipo Argentino de Antropología Forense.
ERP	Ejército Revolucionario del Pueblo.
ESMA	Escuela de Mecánica de la Armada (CCD).
FIFA	Federación Internacional del Fútbol Asociado.
JP	Juventud Peronista.
LO	La Opinión.
LN	La Nación.
NA	Noticias Argentinas.
OEA	Organización de los Estados Americanos.

ONU	Organización de las Naciones Unidas.
PE o PEN	Poder Ejecutivo Nacional.
PJ	Partido Justicialista.
SIP	Sociedad Interamericana de Prensa.
UCR	Unión Cívica Radical.

Nota a la segunda edición

Suele decirse que *no hay nada más viejo que el diario de ayer*. Esto que se toma como cierto en el periodismo, sin embargo, no lo es tanto en la mirada del lector interesado en comprender a través de la prensa las dinámicas sociales y políticas de un país en perspectiva histórica. Para quien elija leerlo en esa clave, el periódico ofrece información valiosa sobre una sociedad, sus conflictos y sus valores hegemónicos en una época determinada. Esa es la apuesta y la invitación que formula este libro, que se ocupa de textos publicados cuatro décadas atrás. Aunque su contenido informativo está fijado para siempre al día en que fueron publicadas, las noticias adquieren un tono diferente en los diversos momentos e instancias de lectura en función de las siempre cambiantes condiciones de recepción.

Es notable cómo esas condiciones sociales, políticas y culturales que dan marco a la lectura pueden cambiar en pocos años, tal como ha ocurrido en Argentina entre la primera publicación de este libro en 2012 y esta segunda edición en 2016. Junto al cambio de gobierno ocurrido en diciembre de 2015 comenzaron a manifestarse voces que, amparadas en lo que perciben como un clima propicio, relativizan la condena a la desaparición sistemática de personas que se analiza en estas páginas, ponen en discusión la legitimidad de los juicios por crímenes contra la humanidad en curso y, en última instancia, reclaman una revisión de lo que la historia de la postdictadura estableció como un consenso elemental en términos de repudio al terrorismo de Estado. Entre las voces que promueven la difusión de ese clima sobresalen las de algunos actores periodísticos de los que se ocupa este libro, notoriamente

el diario *La Nación*. A través de reiterados editoriales este diario ha impulsado un programa revisionista neoautoritario, reafirmando el rol que se adjudicó desde sus inicios de marcar el terreno de la acción política y dictar línea doctrinaria a los gobernantes. Al igual que en el material de archivo analizado en estas páginas, resulta una vez más relevante interrogar los contratos de lectura que sostienen la relación de los medios con su público lector: ¿Qué expresan los diarios, más allá del contenido informativo, acerca de las relaciones de poder y valores dominantes en la sociedad? ¿De qué forma las operaciones discursivas de los medios influyen en la formación de consensos y cuáles son los márgenes de lectura crítica de los lectores? ¿Cómo se definen las visibilidades o invisibilidades públicas y qué actores son habilitados o no a participar del debate en los medios masivos?

Al formular posibles respuestas a estas preguntas, es posible identificar saludables diferencias pero también alarmantes continuidades entre la época que estudia este libro y el presente que signa esta nueva edición. Entre estas últimas, es notable en la Argentina cómo los dos grandes diarios nacionales, que en las últimas décadas han podido crecer corporativamente gracias a la acumulación de medios, se presentan menos como plataforma para la exposición de ideas y contenidos que como actores políticos dispuestos a intervenir en defensa de intereses políticos o empresariales concretos. El impulso corporativo mediático a operaciones políticas orientadas por intereses propios o de los poderes aliados deviene así práctica corriente, al igual que en otros países latinoamericanos como se ha visto en el caso de la destitución de la presidenta Dilma Rousseff en Brasil. La concentración mediática facilita la impunidad de tales maniobras y revela los nuevos ropajes que adquieren el autoritarismo y la manipulación informativa hoy.

Por otra parte, y tal como se sostiene en este estudio, hay que recordar que el campo de lo decible es elástico y sus fronteras son siempre disputadas. Para ello se cuenta hoy incluso con herramientas renovadas, puesto que las redes digitales pueden amplificar los márgenes de recepción crítica y abrir canales de circulación de contenidos alternativos. Al mismo tiempo, la sociedad argentina está ahora más atenta, ha escarmentado del pasado, y sabe la importancia de reconocer los sesgos informativos tanto como los silenciamientos sonoros. Hemos aprendido que no es sólo el contenido de lo enunciado sino también la intelección del aparato enunciativo lo que ha de guiar la lectura de los diarios. Más allá de la información evidente se trata de elucidar quién, cuándo, por qué y cómo pone en acto un discurso, a quiénes excluye, y qué o quiénes se benefician de esa construcción. Esa es la tarea que proponen las siguientes páginas. Queda a los lectores reflexionar en qué medida seguimos siendo hablados por la sociedad que fuimos. Hasta qué punto no hay nada más candente, más acuciante, que *los diarios de ayer*.

ESTELA SCHINDEL, *septiembre de 2016*.

Prólogo

Desde el inicio de este libro, al revisar el papel que desempeñaron los diarios argentinos en la política de desaparición forzada de los disidentes políticos durante los años '70, Estela Schindel enuncia una doble –y fundamental– preocupación, que va acompañando todo su análisis. Se trata, por una parte, de las posibles continuidades entre el terrorismo de Estado y un autoritarismo cotidiano preexistente y, por otra, de sus eventuales replicaciones posteriores, en elementos aún actuantes dentro de la sociedad.

El anclaje en el pasado inmediato se argumenta a partir de ciertos componentes preexistentes de la cultura política argentina, como la identificación de la autoridad con el autoritarismo, del poder con la supresión de la disidencia, la exaltación del valor de las armas y una serie de microdespotismos desarrollados desde mucho antes por la sociedad. Pero se analiza especialmente en la presencia embrionaria de todos los elementos que configurarían la política represiva del régimen instaurado en 1976, en un periodo previo al golpe de Estado –de junio de 1975 a marzo de 1976–: “el huevo de la serpiente”, en el que ya se preanuncia y adivina la criatura que está a punto de nacer.

Por otra parte, para hablar de los elementos aún actuantes de aquel pasado autoritario Schindel nos remite a la figura que Giorgio Agamben ha llamado *homo sacer*, a la construcción social de esos seres “matables” –como el delincuente subversivo de los '70–, por cuyas vidas nadie responde y que, en el mundo actual, encarnan en el terrorista y en el delincuente pobre.

A lo largo de la exposición, el libro va desplegando la forma en que la prensa de la época fue filtrando y construyendo la figura del desaparecido como contraparte antagónica-complementaria de la del subversivo, predominante en el discurso militar. De esta manera va exponiendo consistentemente el papel de la prensa escrita en la construcción y sostenimiento de los discursos represivos del poder –en este caso del terrorismo de Estado–, y tal vez sea precisamente este el elemento actuante más significativo y poderoso del pasado, que persiste en las políticas nacional y global del siglo XXI.

La prensa era –y sigue siendo– una cámara de repetición, resonancia y justificación del discurso del poder y, en especial, de sus modalidades represivas. En las dictaduras esto ocurría sin fisuras, de manera casi total; en las democracias actuales lo hace monopolizando los medios más importantes para construir el discurso hegemónico que no es único, pero que aspira a serlo bombardeando las mentes con relativo éxito. Opera de esta manera porque es parte del poder y por ello calla sus abusos y disfraza sus ilegalidades. Lo hace por convicción, en algunos casos, por autocensura o por la presión de los grupos a los que responde. Pero también por miedo; había entonces y hay en la actualidad represión –de distinto tipo, según los países y las circunstancias– para quienes se salen del libreto establecido.

La prensa escrita, junto con los otros medios de comunicación, construía y construye la figura del *homo sacer* –ayer delincuente subversivo, hoy delincuente a secas o terrorista–, y también la “necesidad” de aniquilarlo en defensa de la sociedad. Como en los '70, la noticia sustrae los nombres y los rostros de esos otros implicados y opta por no registrar los reclamos, los sufrimientos, las caras de dolor o el llanto de sus familiares. De esta forma, se le niega a algunos la condición de sujetos para presentarlos como simples objetos reprimibles.

Y sin embargo, también en nuestros días, se filtra la información, se multiplican los indicios que nos permiten conocer o adivinar los abusos del poder, sin mencionarlos abiertamente o haciéndolo casi "por error". Cuando en 1977 uno de los periódicos aquí analizados presentaba como sinónimos las palabras detenido y desaparecido, más que cometer una equivocación, estaba informando, casi a pesar de sí mismo, que en ese momento ser detenido –para un disidente– significaba desaparecer, es decir, ser asesinado sin que nadie se hiciera cargo de ello. De manera simétrica, cuando hoy nos enteramos de que en un ataque a supuestos terroristas murieron sólo mujeres y niños, sin que medie un escándalo diplomático, se dibuja la verdadera índole de la guerra antiterrorista más allá de las enunciaciones para justificarla. Y frente a estos "deslices" informativos también nosotros permanecemos en el lugar del testigo silencioso frente a una masa difusa de información que superpone lo negado, lo silenciado, lo dicho a medias y lo enunciado abiertamente. Pero sabemos; en medio de la confusión y a pesar de ella, ignoramos y sabemos al mismo tiempo, como los argentinos de los '70.

En el recorrido que hace Schindel por algunos diarios de la época se aprecian muchos otros elementos utilizados entonces por la prensa en el sostenimiento del poder y que permanecen aún "actuales", en especial los que se refieren a la fase preliminar o preparatoria de la tragedia.

La exhibición de la violencia para alentar el miedo es un mecanismo de "ablande" de las sociedades que no ha dejado de usarse. Para ello las distintas violencias se presentan mezcladas unas con otras, en una confusa amalgama que las despolitiza e impide su comprensión. Se las muestra como producto de una irracionalidad antisocial, del "furor de los que matan por matar" (pág. 144) o roban por ociosidad para así reclamar la intervención de un Estado "ordenador" cuando, en realidad, los responsables de las grandes violencias son o bien los propios Estados o

bien grupos de poder articulados con instancias estatales que los protegen.

En distintos momentos, la prensa va construyendo la necesidad de lo represivo y su normalización, como se puede apreciar en la gradación de los titulares del diario *La Nación* los días previos al golpe de Estado de 1976, uno tras otro. Las palabras clave de sus respectivos titulares fueron: violencia, emergencia, inquietud, rumores (de golpe), observación, tensión, expectativa, inminente, asumió. E inmediatamente después: normalidad, orden, tranquilidad, normalidad, normalidad (pág.163). Es evidente cómo primero se agitan la violencia y el peligro para sustentar luego la represión estatal –que en este caso desencadenaría decenas de miles de muertos y desaparecidos–, asociando en cambio esta extraordinaria violencia con las ideas de orden y normalidad.

Gracias a la cuidadosa revisión que hace Estela Schindel también se puede apreciar cómo, desde aquellos años, la prensa va articulando la noción de terrorismo internacional a partir de la idea de una “internacionalización de la subversión”, que configuraría una amenaza común para Occidente. En las palabras de Harguindeguy, que el texto recupera: “En Europa se están presentando problemas con el terrorismo internacional, que nosotros conocimos y hemos pasado” (pág.249), se puede apreciar la asociación de lo que los militares argentinos llamaban subversión con esta nueva categoría, el terrorismo internacional. Otras dos declaraciones de la prensa de la época –también recuperadas por Schindel–, resultan interesantes en relación con este fenómeno. La primera pertenece al demócrata Fernando de la Rúa quien exhortó en pleno 1977, uno de los años más sangrientos de la dictadura, a que “la misma energía empleada para condenar el terrorismo en Europa, se use para condenar también el terrorismo que tantos daños y angustias ha causado en la Argentina” (pág.249). La otra pertenece al diario *The Times*, de

Londres, que enfatiza “la falta de preocupación pública local (se refiere a Argentina) por los 7.000 u 8.000 terroristas muertos (ya que) los guerrilleros ayudaron a hacer de todo esto una rutina aquí” (pág. 285).

En estas declaraciones se pueden identificar dos operaciones de asociación simultáneas y, ciertamente, muy dudosas: 1) los muertos son guerrilleros, es decir, subversivos; y 2) los subversivos son terroristas. La identificación entre subversivo y terrorista, que inicia en los '70 desde las estructuras militares y la prensa del régimen, todavía se sostiene en la actualidad por parte de ciertos políticos y de algunos intelectuales. No es casual. El subversivo encarnaba en los '70 la nuda vida a la que hoy se reduce al terrorista (y a otros): sujeto matable que, por su propia culpa, se coloca fuera del orden del derecho, en los márgenes de la excepción. Por eso, ambas calificaciones, cada una en su momento, convocan a la eliminación del otro sin más.

La lectura de este libro nos permite apreciar el tránsito de la categoría subversivo a la de terrorista, que viene a constituirse en su relevo. Dicha sustitución es comprensible y útil para las estructuras de poder ya que la expresión terrorista borra de manera mucho más radical todo vestigio político –que ya se había tratado de difuminar con la expresión delincuente subversivo– y despierta naturalmente el rechazo generalizado que infunde el terror. También desvía el origen de las prácticas de terror –generalmente originadas en el Estado por su extraordinario potencial de violencia– hacia grupos de la sociedad, en especial los insurgentes. Desde los '70 se puede ver la conexión entre un concepto y el otro, así como el uso temprano del espantajo que se sacude hasta nuestros días.

Y no es que el fenómeno terrorista, como tal, no existiera desde antes. Por supuesto que sí. Pero lo que no existía era la asimilación tramposa entre violencia política y terrorismo, que trata de sustentarse en la actualidad y que

ha venido profundizándose, sobre todo a partir del fin de la Guerra Fría. Según esta trasposición, las gestas nacionales de independencia, cualquiera de las revoluciones de la historia, los movimientos armados e incluso las insurrecciones de resistencia indígena no serían más que formas de terrorismo. Por eso, el uso del calificativo terrorista es hoy tan sospechoso como lo fue el de subversivo en los '70: ambos tienen la misma valencia política.

Por otra parte, si desde el poder del Estado se construyó la figura del subversivo como sinónimo del peligro que se debía expulsar y exterminar, la lucha desde los organismos de derechos humanos intentó "regresar" a esos excluidos, reinstalarlos en la sociedad y en la vida sustrayéndolos de la clasificación que los condenaba, para resignificarlos desde la condición de víctimas, "desaparecidos", y poder así reclamar su restitución con vida.

¿Quién podría darse a la tarea de rescatar a este otro despojado de identidad política, de nombre y de rostro? Sólo su más próximo, el familiar, la madre, la esposa, el hijo, podían reclamar por esos borrados del mapa, "desaparecidos" de todo, y enunciarlos por primera vez como propios: "nuestros desaparecidos". Sólo ellos pudieron, por la calidad del vínculo, dar cuenta de la humanidad negada del otro e integrarlo a un nosotros.

Podría hablarse de un cierto "abandono" de la sociedad hacia las víctimas de la represión pero lo que existió, sobre todo, fue la reivindicación del desaparecido como persona, no subversivo, no terrorista –categorías que lo expulsaban automáticamente del derecho y de la sociedad– sino en tanto ser humano. Y esta reivindicación de la persona sin más, que sólo el familiar podía realizar –dado el desconocimiento y la peligrosidad de cualquier vínculo de otra naturaleza en el contexto del terrorismo de Estado – no representa en absoluto un acto apolítico. Todo lo contrario, está en la base misma de la política porque saca a un conjunto de personas del margen, del lugar de la ex-